

Análisis Feminista

El canto de la luna

• Rocío García Rey •

*"Sólo una enorme boca roja / pintada vacía /
madreterror / mujerodio / ante el festín de los
hambrientos réprobos / -carne y sangre- / y en el
espejo intangible y dorada / la infanta /*

Graziella Baravalle

Para las mujeres hablar de nuestro cuerpo debería ser parte de la construcción de la semántica de nuestra propia existencia; sin embargo en múltiples ocasiones nuestro cuerpo acumula el lenguaje del autoodio, el autocastigo, la autoculpa, sin soslayar frustraciones y complejos.

Hombres y mujeres vivimos una etapa de alienación; pareciera que hemos perdido la capacidad crítica; ahora somos y estamos directamente para vivir conformes con los productos culturales de fin de siglo. Herederas y herederos del derrumbe de los rojos sueños todo nos parece un espectáculo aceptable. Espectáculo donde las mujeres aún somos objetos y no sujetos; tal vez por esto resulte un lugar común decir y escuchar que vivimos en una sociedad patriarcal; pero resulta también un lugar común el no asimilar de manera consciente las relaciones de poder que en dicha situación subyacen.

Quiénes somos. Cómo nos concibe el otro. Cómo nos concebimos nosotras. Qué obligaciones tenemos en una sociedad donde a los hombres se les enseña a etiquetarnos como buenas si nuestro físico es bello, bonito o deseable o como feas, gordas, nacas si nuestro físico no se inserta en los cánones absurdos que aun en el umbral de un nuevo siglo continúan imperando.

El significado de la palabra buena nace como parte de una práctica de dominación donde el cuerpo femenino es visualizado con una óptica de apropiación. Se constituye así una forma de poder que le permite a los hombres elegir, escoger y aprobar a la otra parte: las mujeres.

A las mujeres nos enseñaron a ser femeninas como

obligación de esta manera femineidad se convierte en parafernalia que debemos cumplir, como recompensa tendremos la mirada, caballerosidad, galanteo, aprobación masculina (mamacita que buena estas). Es así como maquillaje, tacones y un cuerpo perfecto (entre otras "cualidades") se convierten en herramientas indispensables en un mundo en el que existe una alienación genérica: hombres y mujeres aun continuamos actuando y viviendo roles absolutos.

Cuántas veces no hemos visto en los anuncios de empleo: "estatura mínima 1,60, talla 28 o 32 y agradable presencia" como requisitos indispensables. En cuántos otros es una obligación maquillarse y calzar zapatillas y en cuántos otros son los colegas o jefes de trabajo quienes dan la última palabra para decir quien de las compañeras esta mejor de cuerpo. En la calle, en la escuela según el contoneo será el grado de aprobación.

Bajo esta realidad nacen nuestros odios, nuestras comparaciones con otras mujeres. Descubrimos así nuestro cuerpo con culpa. Nos visualizamos con mirada ajena. Sentimos que todas somos enemigas en potencia. Parimos nuestro castigo y sacrificio. Aspiramos a un cuerpo único y perfecto.

Qué castigo, qué sacrificio podríamos merecer por no tener un cuerpo a la manera occidental. Qué forma puede tomar el autocastigo sino es la de castigarnos a través del propio cuerpo. Vestirnos con la túnica de la anorexia o del hambre compulsiva.

No es casual que sean las mujeres quienes con muchísima mayor frecuencia se conviertan en anoréxicas. Mujeres en su mayoría jóvenes. Mujeres con una historia personal propia; pero que al mismo tiempo se desarrollan como seres políticos y sociales.

Es precisamente en la sociedad donde se acunan los deseos y los ritos colectivos. Deseos y ritos ahora reforzados por los mass media. Las imágenes inundan nuestra vida. Rostros y cuerpos de mujeres modelos. El ideal impuesto de belleza.

Ahora bien, dentro de los papeles históricos que las

mujeres han cumplido se encuentra el de cocinera. La responsabilidad de preparar alimentos da paso a la imagen sublime de la madre que amamanta al hijo o la mujer que cocina para el esposo y la familia. La mujer asociada a la comida, vinculándose con el mundo a

verdadera razón de vida.

El discurso psicoanalítico ha situado la anorexia en un estado de melancolía, de nostalgia. En la anorexia hay un deseo, un aspirar a. Pareciera que hay una regresión y como en el estadio del espejo en que el niño percibe la imagen como la de un ser real; en la anorexia la mujer se mirará una y otra vez en el espejo porque su reconocimiento sólo puede lograrse a través de la imagen. Si al principio el niño se vive y se localiza en el otro la mujer se localizará con mirada extraña. Se mirará a través de lo que ya no sólo será su imagen sino el deseo colectivo que en ella habita.

Aun pesando mucho menos de lo que es su peso normal ella seguirá rechazando su cuerpo. Continuará no comiendo. Seguirá odiando todo lo que no corresponde a la imagen que el otro amaría. Comer equivaldría a estar llena, completa y esto sería lo peor porque estaría abandonando el sacrificio y el autocastigo y ella no merecería la satisfacción porque no ha llenado el deseo del otro.

Ausencia de fuerzas, de energía, ausencia de menstruación de sangre-color. Presión arterial baja, silencio y frío. Mujeres fragmentadas con "apetito de muerte". Mujeres con una sonrisa rota y la autoestima vencida. Mujeres sometándose al sacrificio, no por ellas, sino por el reconocimiento que puedan lograr a través del mismo.

Lo idóneo sería amar y cuidar nuestro cuerpo como parte de nuestro derecho a la salud mental y física. Cuidar nuestro cuerpo como parte del amor al mundo. Amarlo para poder luchar contra los discursos absolutos y autoritarios. Que nuestro cuerpo sea el canto de la luna no el objetivo de las metas de población de los gobiernos; no el centro del pecado; no el espacio para descargar angustias a través de los golpes; no un cuerpo humillado por un manoseo anónimo; no el útero para acunar una maternidad forzada.

En la medida en que las mujeres aprendamos a amarnos y a reconocernos; en la medida en que crezcamos, en que nos liberemos de prejuicios, complejos y discursos absolutos y obsoletos podremos convivir, cohabitar, tener amores plenos; tener amantes; compañeros, amigos, hermanos, maestros, hijos, padres libres de improntas machistas. Cuando nos demos a luz como mujeres libres e independientes.

Es fácil decirlo, costará demasiado llevarlo a cabo; pero debemos empezar a derribar muros verdaderos; derribar fronteras como un acto de solidaridad con la vida y no como parte de las acciones hegemónicas del nuevo orden mundial. Seguramente de esta manera los caballeros ya no las preferirán rubias ni calladas; simplemente mujeres con un cuerpo, una voz y unas ideas propias, únicas y muy válidas. *firm*

través
de la
oralidad
ajena.

Sus
acciones
circunscritas
a la ali-
mentación
(literal y
metafórica-
mente) del
otro. Sólo la
madre que
alimenta
puede legiti-
mar su ser;
sólo la mujer
que gusta; es
decir que ali-
menta y
satisface el
deseo del
otro,
puede
adquirir
una

C. Silva C.
1995.